

La
**CONQUISTA
ESPIRITUAL DEL
PUEBLO**



JOSE ANTONIO ELOLA-OLASO

35



R- 10035 A



Discurso pronunciado por el Delegado Nacional del Frente de Juventudes, en Almería, el día 29 de Octubre de 1947, "Día de la Fe".



CAMARADAS: Cada 29 de octubre debe de ser para un falangista, y hasta me atrevo a decir que para todo español de buena fe, motivo de honda e íntima meditación sobre el significado y alcance de aquella fecha, de aquel acto fundacional de la Falange, celebrado en 1933, que tan varias, tan decisivas consecuencias ha tenido en el destino de nuestra Patria España, en estos catorce años de vida fecunda. Y el tiempo—el tiempo que debe ser vuestro aliado, mis camaradas juveniles, si sabéis

ganarlo con vuestro esfuerzo y constancia—, el tiempo, con sus rotundas afirmaciones, con la elocuencia de los hechos, dirá la última palabra, que sin duda dará más fe y tendrá más eco que las que pueda pronunciar Vichinsky o se digan en la O. N. U. o en cualquier reunión de Londres—sobre la influencia que ha podido tener, no ya solamente para España, sino para el mundo entero, aquella bandera política que José Antonio clavara en el mitin del teatro de la Comedia el 29 de octubre de 1933.

Colocado ante vosotros, con la obligación de daros una lección conmemorativa de esta fecha, pienso que el mejor modo de cumplir mi deber es explicaros llana, sencilla y humanamente por qué somos falangistas, por qué seguimos y seguiremos siendo falangistas y, como la mejor prueba de que nuestras afirmaciones no son

pura retórica, por qué inculcamos e inculcaremos nuestra fe falangista, nuestro falangismo de acción y de pensamiento en lo que más queremos y respetamos: en nuestros hijos, en los hijos de nuestra carne y de nuestro espíritu.

Ruina Moral

José Antonio, en aquel acto fundacional, haciéndose portavoz autorizado de la generación que representaba, de una generación en trance de quiebra, descubre la situación política de España y del mundo en aquella hora. Situación de ruina moral es su diagnóstico tajante y preciso, y lo repite para darle mayor contundencia.

El Estado Liberal

Es el Estado liberal, servidor de la doctrina rousseauniana, que, entre otras cosas, niega que la verdad polí-

tica sea una entidad permanente, y el sistema falsamente llamado democrático, el que nos lleva a esta situación de ruina moral con la pérdida de la unidad espiritual de los pueblos y con el predominio absorbente del capitalismo, que degenera en la esclavitud económica del propio Estado y del hombre, que, perdida su antigua ciudadanía, su pequeña propiedad, su profesión artesana y hasta su autoridad familiar, quedaba reducido a estas dos cosas desoladoras: un número en las listas electorales y un número en las colas a las puertas de las fábricas.

Socialismo, Comunismo e Imperialismo Moscovita

Como una reacción natural a esta situación catastrófica humana, nacional y mundial, surge el socialismo,

que intenta unir a todos los proletarios del mundo para luchar contra aquel sistema que sólo les daba promesa de derechos, pero no se cuidaba de proporcionarles una vida justa. Pero el socialismo no se contenta con desmontar el aparato económico que oprime al obrero. En su afán vengativo de represalia y de odios, y concibiendo la historia como un puro juego de resortes económicos, levanta una bandera al modo de guerra santa —santa en interpretación totalmente atea— para suprimir, para arrasar aquello que es lo más querido en la intimidad de nuestras conciencias, aquello que gravita con el peso de los siglos, que es verdad revelada, y es lo primero que aprendimos de nuestros padres y lo primero que enseñamos a nuestros hijos: aquello también que es orgullo legítimo de hombres que pisan una tierra regada con sangre

heroica, y tienen esa misma sangre en sus venas, y ese mismo espíritu heroico con la herencia de un destino sobre el mundo: aquello, en fin, que es amor y es esperanza de perdurar a través de nuestros hijos; es decir: Religión, Patria, Familia. Todo esto intenta arrancar el socialismo: la Religión es un opio del pueblo; la Patria es un mito para explotar a los desgraciados; la Familia es una institución burguesa para acaparar en pocas manos la riqueza por medio de la herencia. Y hay más todavía: hasta la bandera de justicia, de esa justicia social que era la razón de ser y la única posible justificación del socialismo, se arría por la mano de Lenin, que, poco antes de triunfar la revolución, escribe con jactancioso cinismo: "La dictadura del proletariado no será libre ni justa. El Estado tiene la misión de oprimir: el Estado de la clase traba-

jadora también sabrá ser opresor.” Pero ni siquiera un resto, un pequeño resto de humanidad, de amor y preocupación por el hombre le dejan al socialismo sus propios jefes. Stalin, precisamente allá por el tiempo, poco antes o poco después, de la fundación de la Falange—el dato está recogido de la traducción española de la biografía de Stalin por Henri Barbusse, editada por Cenit el año 1935—, al examinar el proceso de aquella Europa con el nazismo recién incorporado al Poder en Alemania, el fascismo pujante y ambicioso de Italia, el imperialismo inglés, todavía con poder ofensivo, y la Francia de la III o de la IV República—no sé qué numeración le tocaba a esa desdichada—, anuncia que la guerra es inevitable. Pinta un cuadro trágico digno de la pluma de Dante al pintar el infierno: “De nuevo tendríamos la visión mons-

truosa de los trenes de soldados, ataúdes de vivos; las muchedumbres que corren a hacerse matar; los campos ametrallados; las aldeas petrificadas; las poblaciones asfixidas, enjauladas en los subterráneos. Y acaba el tétrico vaticinio. Pero la guerra es también la revolución social, sembrada a boleó en los surcos de las trincheras y en las hogueras de las ciudades.

Esto no lo dice un profeta encendido en ardores místicos, ni un filósofo, ni un historiador o literato que desde la mesa de su gabinete examina las ideas y los movimientos políticosociales de su tiempo para lanzar videnicias con carácter especulativo. No; estas afirmaciones las hace el Dictador de una de las naciones más poderosas de Europa y más pobladas del mundo, el hombre que se descubre que ha ido tejiendo arteramente los

hilos de una maraña para enredar en ellos a todas las naciones; que en un momento se aprovecha de la ambición y soberbia alemanas para lanzarla a la guerra, aliándose con ella y haciéndole después toda clase de traiciones; que así consigue que el mundo entero se encienda en guerra, que mueran a millones los hombres, los obreros, entre ellos los más numerosos, los propios rusos, la flor del proletariado; pero no le importa al Zar moscovita, que sonríe pensando que tiene más reservas de hombres que las demás naciones, y así se llega a cumplir el vaticinio de la destrucción, del dolor, de la miseria de Europa. Pero ¿para qué? ¿Para que triunfara la revolución social? ¡Mentira! Esa es la astuta mentira del comunismo ruso, que, gracias a Dios, descubrimos a tiempo en España. Toda la destrucción, la muerte, el dolor, el hambre y

la miseria no servían nada más que para lo que han servido: extender la garra del imperialismo moscovita por toda la desolada, mísera y aterrada Europa.

Los Partidos Moderados

Pero nos hemos apartado de nuestro camino. Allá en el año 33, junto a aquel Estado liberal que contemplamos hace unos momentos en situación de ruina moral, y frente a esa amenaza de pura barbarie que representaba el socialismo se alzó una fuerza—llamarla fuerza parece hoy exagerado, pero no cabe duda que en aquel tiempo la tuvo—que pretendió resolver y aun curar los males y alejar los peligros por medio de la terapéutica que las buenas amas de casa llaman de los paños calientes. Hombres, sin duda, de buena fe, que veían atemori-

zados la amenaza marxista, pero no sabían ver su razón de ser, se agruparon en estas fuerzas pensando ingenuamente que el Estado liberal, una República burguesa aquí en España, podía todavía, por lo menos, servir de pararrayos defensivo de la fe católica, de la Patria, de la familia y, en algunos casos, también de la hacienda. La táctica que preconizaban era la de una política de buenos modos: todo menos la violencia, aunque la retórica parlamentaria tenía bula para ser violenta y hasta insultante; las coaliciones de partidos de opuesta ideología y hasta de moral contrapuesta. Se defendían los valores espirituales, pero muchas veces con más verborrea que eficacia. Ante los graves e inaplazables problemas económicos, como el del paro—José Antonio da la cifra en aquel año de 1933 de 700.000 parados—, soluciones

como el proyecto de construcción de viviendas y, generalmente, la solución de no ver, de no enterarse, de meter la cabeza bajo el ala; en fin: ante una insurrección armada que intentaba desmembrar la Patria, el Ejército reaccionó con valor y dignidad; pero la política no fué capaz de sentirse una vez justiciera y vigorosa, y claudicó una vez más por indecisión y cobardía.

Bien comprendo, camaradas juveniles, que a vosotros, educados desde primera edad, política y aun moralmente, de modo tan distinto a las generaciones que inmediatamente os han precedido, incluso a la nuestra, a la generación combatiente, os parezca asombrosa e increíble la ingenuidad y torpeza de estos políticos, que en su día algunos llegaron a tener renombre y hasta consagración de eminentes. Pero vuestro asombro

decrecerá seguramente cuantas veces os asoméis por esos ventanales, desgraciadamente no siempre muy limpios, de la prensa y de la radio, y contempléis el panorama del mundillo político circundante. A pesar de las duras lecciones recibidas, todavía hay quienes creen o quienes esperan, y no son pocos, que se podrán salvar de este naufragio con unos viejos botes carcomidos por la carroña y en los que, además de hacer agua por todas partes, cada uno quiere remar por su cuenta.

Sin ir más lejos, si nos asomamos por el pico Aneto a la vecina República, podemos contemplar un claro ejemplo de estulticia humana con rimbombantes nombres y anagramas de partidos políticos, algunos conocidos ya por sus fracasos desde la guerra del catorce. Los debates parlamentarios que se han suscitado como

consecuencia de las últimas elecciones municipales nos vienen a demostrar una vez más, por un curioso fenómeno, en qué ha venido a parar el sistema demoliberal. Sus portavoces más calificados, los representantes de los partidos más democráticos, los moderados: católicos, radicales y socialistas con las uñas limadas, aseguran que votarán por una coalición gubernamental porque es preciso salvar la República y la democracia. De Gaulle había hecho la propaganda diciendo que era preciso salvar a Francia y que había que reformar totalmente la Constitución. Se puso en juego, por lo tanto, cuál era lo más importante: ¿Francia, la Patria, el bien común? ¿O República, democracia? Podía preguntarse cuál era el valor absoluto y cuál el relativo, cuál el fin y cuál el medio. El pueblo francés, si no con gran mayo-

ría, votó por la salvación de Francia. Pues bien: el Parlamento decidió que lo importante era salvar la República, la democracia, y que el señor De Gaulle y sus electores podían guardarse para mejor ocasión sus propósitos de salvar a Francia. En fin: allá ellos; si se quieren ahorcar, nosotros no les regalaremos la soga, pero tampoco vamos a poner excesivo empeño en quitársela de las manos.

Un suceso poco Aleccionador

Desde nuestra Cruzada habíamos relegado al olvido los españoles estos procedimientos suicidas y esos monstruosos contubernios de políticos llamados católicos con militantes socialistas, hasta que, hace muy pocos días, un español, el que precisamente se tituló a sí mismo adalid de aquellas

fuerzas moderadas, el jefe que nunca se equivocaba, el que en algún momento llegó a polarizar la esperanza de ese sector de gentes de buena fe, Gil Robles, ha tenido el pésimo gusto de traernos a la memoria su recuerdo con una torpeza más, con una vileza. Porque lo que pudo ser equivocación en otro tiempo es ahora traición. Triple traición. Traición a España, a la que ha hecho objeto de comercio, y nada menos que en el despacho del que representa ante el mundo a un Imperio de hábiles comerciantes, tan hábiles que algunas veces, como hace doscientos cuarenta y cinco años, se quedan con amplia comisión cuando intervienen en pleitos sucesorios. Traición a la sangre de sus amigos que le fueron fieles hasta la muerte, perdonándole hasta su cobarde huída cuando caía la primera víctima y había sonado la hora de morir con

dignidad y decoro en España. Traición, en fin, a su propia conciencia, en el supuesto de que la tenga. Supuesto que todo español tiene perfecto derecho de dudar. Y aun caritativamente puede ser lo mejor pensar de él que es un inconsciente.

Perdonadme, camaradas, que esta lección, que debía transcurrir por los serenos cauces de la meditación, la haya alterado con los comentarios que únicamente la indignación y el desprecio podían sugerir a este suceso, tan poco aleccionador.

Amanecer de la Falange

Discurríamos nosotros haciendo recuento de las fuerzas que operaban en el panorama político de aquella hora precursora de la Falange. Si me he detenido quizá con excesiva prolijidad sobre esos contornos ha sido



porque quería y quiero que vosotros, camaradas juveniles, os deis clara cuenta de la situación de España en aquel tiempo, que era además, como decía José Antonio, la del mundo. Que os percatéis de la necesidad imperiosa que había de que alumbrase una luz nueva que trajera claridad a los cerebros, y a los corazones esperanza; de que los mismos hechos, al parecer los más opuestos y más contradictorios, fueron los que motivaron la gestación y el alumbramiento de este movimiento, que debatiéndose desde el principio contra unos y contra otros, contra las derechas y las izquierdas, señaló un nuevo camino, un camino de salvación, no ya sólo para España, sino también para aquellos pueblos que sufrían del mismo estado de confusión y ruina que el nuestro. Y que esto tenía que nacer en nuestra Patria, precisamente en España, porque

España, como lo demostró poco después, tenía, a pesar de sus flacas apariencias, las reservas suficientes no sólo para salvarse, sino también para ser una vez más mentor espiritual del mundo, al que con su doctrina y con su ejemplo le señalaba un nuevo camino de esperanza y de salvación si admitía el contagio beneficioso de su fe.

Arquitectura Política

José Antonio, desde un principio, dejó sentada una afirmación rotunda que desgraciadamente después, muchas veces, no ha sido tenida en cuenta: “La Falange no es un partido político: pudiéramos decir que es un antipartido; la Falange es un Movimiento.. Es un Movimiento que empieza por reconocer las apremiantes demandas de justicia social y la ne-

cesidad de subvertir la organización económica existente, incapaz de resolver los agudos problemas de orden social y aún técnico que ella misma se ha ido planteando. Pero para lograr esto no pueden consentir, ni lo cree necesario, que se arrasen los valores espirituales. Por el contrario, el objetivo de conquista de un nivel de vida humana superior y una más justa distribución de la riqueza puede y debe estar ligado estrechamente con el resurgimiento patrio y con una revalorización del espíritu religioso que respeta y defiende la verdadera dignidad del hombre.

Lo que es menester es que estos valores espirituales vuelvan a tener todo el contenido divino y humano que tuvieron en la España de otros tiempos. La religiosidad tiene que volver a ser la clave de los mejores arcos de nuestra historia. Una reli-

giosidad hondamente sentida y que lleve no sólo a unas afirmaciones firmemente creídas, sino también a una interpretación católica de la vida entera: de la vida privada y de la pública, de la vida social y de la vida profesional, que no pueden separarse a gusto, capricho o mejor ganancia de cada uno.

La Patria tiene que volver a ser una unidad total en que se integren todos los individuos y todas las clases. La Patria no puede estar en manos de la clase más fuerte ni del partido mejor organizado. La Patria, por ser una síntesis trascendente e indivisible con fines propios que cumplir, tiene que tener un contenido de misión, de empresa, de destino en lo universal, que una, que ilusione a todos y en todos avive el espíritu de trabajo, de servicio y de sa-

crificio, o de heroísmo cuando fuere preciso.

Entendida así la Patria, lejos de ser aquel mito esclavizador de las multitudes, será su soporte físico, el Estado, un organismo vital en el que van a desembocar todos los afanes, todas las iniciativas e impulsos y también todas las necesidades individuales y colectivas. Ese Estado debe ser fuerte, porque el alto destino que tiene que servir así lo demanda y porque debe saber imponer el respeto a la dignidad humana y una auténtica y profunda libertad en un sistema de autoridad, jerarquía y orden.

En ese Estado no son necesarios los partidos políticos que promueven la desunión y dispersión de fuerzas en grupos artificiosos, con un derroche de energías totalmente inútil. En cambio, deben fortalecerse las

unidades naturales de convivencia: la familia, el Municipio y el Sindicato. Deben vigorizarse hasta que recuperen toda la trascendente función vital que han perdido en los tiempos de decadencia. Por estas unidades debe circular el nervio humano y social que da vida y energía a una nación, a un pueblo.

Para lograr esto, José Antonio nos señaló un camino. No el camino cómodo de las soluciones fáciles, sino el camino de la revolución, de la verdadera revolución. Porque las otras habían sido incompletas en cuanto no servían juntamente a la idea nacional de la Patria y a la idea de la justicia social. La Falange integra estos dos principios inmovibles, y, además, un sentido permanente ante la Historia y ante la vida, y con este bagaje, resuelta, categóricamente, violentamente si es

preciso, la Falange iniciaba en la mañana de hace catorce años el camino de nuestra revolución.

El Hombre Nuevo

Pero José Antonio no se contenta con levantar una arquitectura política. Quiere formar el hombre nuevo. La Falange no es sólo una manera de pensar; es una manera de ser. Tenemos que adoptar ante la vida entera, en cada uno de nuestros actos, una actitud humana, profunda y completa. Esta actitud es el espíritu de servicio y de sacrificio, el sentido ascético y militar de la vida..

Mucho se ha hablado y escrito de la influencia nefasta del sistema liberal sobre la política y la economía. En cambio, muy poco se ha dicho de la perniciosa influencia del libera-

lismo sobre algo más profundo y humano, sobre la moral. El liberalismo, y más concretamente Francia, moldeó y exportó un tipo humano de pura creación filosófica, enciclopedista y librepensadora: el hombre portador de todos los derechos. El hombre egoísta, cínico, ingenioso, descreído, impúdico y desligado de todo lo que no fuera placer de los sentidos. El hombre capaz de pecar sin arrepentimiento; de condenarse frívola y alegremente. El hombre que no se hacía respetar a sí mismo; pero al que se respetaban, sin embargo, todas sus debilidades, que se querían justificar además con el calificativo de "humanas". En cambio, al que no fuera así, no ya por temperamento, sino por rectitud de conciencia o vencimiento propio, se le retiraba del escalafón humano, catalogándolo despreciativamente de

falta de hombría, de impotente o de peor clase. La consecuencia más lamentable de esta trasgresión de conceptos y valores puede adivinarse fácilmente: el hombre, el joven sobre todo, ante tal disyuntiva, se dejaba arrastrar, muchas veces con asco, por la pendiente del vicio, sin fuerzas para oponerse al influjo del medio ambiente. Los sacerdotes y los religiosos dedicados a la enseñanza pueden confirmar con su larga experiencia cuán difícil era contrarrestar esa maléfica influencia, porque no eran ya sólo los naturales apetitos, el amor, la curiosidad, el deseo contenido o la tentación los que impelían al joven a caer en el pecado de la carne, del que prontamente podía levantarse con el arrepentimiento; era la dignidad—una dignidad mal entendida, si se quiere, pero, en fin, dignidad—la que se

ponía en juego para obligarle a demostrar que era un hombre. Un hombre según el concepto liberal: un hombre que no necesitaba, que no debía arrepentirse, que debía ser contumaz en el pecado.

Nada más desmoralizador pudo inventarse para la juventud. Nada más catastrófico para su espíritu y aun para su salud corporal. Nada más catastrófico también para una Patria, para un pueblo: era la forma más rápida de debilitarlo. Si sirve un ejemplo, ahí tenemos muy cerca el de la nación que precisamente moldeó ese tipo humano.

José Antonio, con toda la aureola de su juventud, de su inteligencia, de su posición social, se enfrentó si no abiertamente, sí con una eficacia tremenda a esta interpretación falsa del hombre y de la vida. Rehabilitó valientemente los valores supe-

riores y eternos del espíritu. Modeló el tipo humano que, en contraposición del tipo francés, era el del español, el viejo tipo español del hombre con sentido ascético y militar de la vida: el conquistador y misionero, el hombre mitad monje y mitad soldado. El gran pecador muchas veces, pero en potencia siempre hacerse santo. El que no confunde el bien con el mal y el pecado con la virtud. El que, por pecar, no quiere justificar el pecado y despreciar la virtud, sino, por el contrario, al arrepentirse, aprecia más la virtud que ha perdido y desprecia el pecado. Frente al hombre portador de derechos, José Antonio coloca al hombre portador de valores eternos. Frente al hombre egoísta, el hombre con capacidad de servicio y de sacrificio. El hombre capaz de morir o de hacerse matar en defensa de los altos ideales: Dios,

la Patria, la Justicia, la Verdad. El hombre verdaderamente hombre, enteramente hombre: el héroe, el mártir, el santo.

Así quiso José Antonio que fuera el hombre de nuestra revolución. ¿Cómo respondió España a esta llamada de José Antonio al espíritu de sus hombres? Mejor respuesta que mis palabras, ahí está, camaradas, ese camino de la Falange jalonado de cruces de camaradas caídos en la primera hora o en la trinchera, de los que se dejaron matar antes que hacer renuncia de su fe; ahí está el clima heroico de nuestra Cruzada victoriosa. Y ahí estáis vosotros, camaradas juveniles, ahí estáis vosotros con vuestra ardiente fe y clara idea de lo que es servicio y sacrificio, nacidos del espíritu de la Falange y en auténtica postura de hombres ante Dios, ante la Patria y

la Justicia. Nuestro mejor orgullo de falangistas no lo ponemos en las conquistas de orden político y económico, sino en esta conquista de orden moral y humano que supone vuestra presencia y formación; en la forja del hombre nuevo que necesita nuestra revolución. En esto sí que la Falange ha demostrado que tiene vida, que es fecunda, porque, como ha dicho nuestro Caudillo: Sois ya más de una esperanza, sois una realidad. Una realidad firme y decidida que asegura el porvenir de España.

Han Transcurrido Catorce Años

Han transcurrido catorce años. Catorce años nada más. Si nos paramos un momento a contemplar el panorama de la vida de aquel tiem-

po y lo comparamos con la vida actual, se recibe la sensación de inmensa lejanía, de un mundo distinto y distante. Todo ha variado fundamentalmente: la vida, la política, las costumbres, el hombre. Hace unos momentos hemos estado analizando esta mudanza en el orden moral. A pesar de todas las imperfecciones, a pesar de los niños “swing” y del cine americano, el hombre de nueva generación, el joven, es incomparablemente mejor que el de aquella época pasada. Está formado intelectual y políticamente, y, lo que es más importante, moralmente, con más esmero y, a la vez, con mayor reciedumbre. Respira otro ambiente. Su mentalidad es otra. Ya no es aquella mentalidad francesa. Es más nuestra, es más española. Quien mejor se percata de esto es el que era

joven hace tres lustros y hoy trata de cerca a la juventud.

En el orden político, aquel sistema demoliberal podrido se hundió definitivamente en el año 1936. No el 18 de julio, sino unos meses antes: el 16 de febrero. Se suicidó sin pena ni gloria en unas elecciones generales entregando España a la barbarie moscovita. Pero el genio español, soterrado por nuestro afrancesamiento de dos siglos, surgió entonces en todo su vigor, en toda su potencia. El grito de Cruzada y la aparición providencial de un Caudillo libró a España de acabar en colonia de Moscú. Hubiera sido la primera, como había predicho Trotski, y hoy una de tantas colonias que ya tiene Moscú en esta desgraciada Europa. Esta es la gran verdad. Nuestra guerra no fué el vulgar levantamiento de un general ambicioso que quiere

conquistar el Poder, como es la historia desfigurada que han hecho circular nuestros enemigos. Esa es la gran mentira. De ella dimanán todas las demás mentiras que corren por el mundo contra nosotros. Nuestra guerra fué de Cruzada porque hubo que defender con la sangre nuestro espíritu y nuestra fe, y fué a la vez guerra de independéncia, porque hubo que luchar contra la invasión moscovita que se apoderaba de España por medio de sus agentes y de su quinta columna, como después se ha visto que sabía apoderarse de media Europa. Francisco Franco no fué el general ambicioso de conquistar el Poder. Fué el Caudillo providencial que libró el espíritu y la geografía de España de la invasión moscovita. Esta es la verdad. Si el mundo dice otra cosa, allá el mundo. Poco nos importa lo que de

nosotros diga el enemigo, si la verdad está con nosotros, si Dios está con nosotros.

Nuestra Cruzada no sólo nos liberó de un régimen extranjero. Nos dió también el régimen político español que necesitamos: el nuestro, el español. Un Estado en el que no hace falta toda la palabrería liberal para que se reconozca la verdadera libertad y dignidad humanas; un régimen que quiere asegurar al hombre la máxima libertad en el ejercicio de la justicia y la mínima libertad en la tentativa de la injusticia. Un Estado fuerte, sí, porque sabe distinguir el mal del bien y al aplicar la ley no tiene el terror democrático de que pudiera pensarse mal del bien. Un Estado generoso que ha perdonado a los equivocados si no han cometido hechos delictivos. Un Estado que quiere representar a Es-

paña entera y no un partido o una clase. Este Estado tiene por Jefe a un Caudillo por la poderosa razón de que es el primer y mejor servidor de la Patria y por otra razón, poderosísima también: porque lo quiere el pueblo español, porque nos da la real gana, como bien claro supo airearlo a todos los vientos nuestra juventud en aquella asombrosa e impotente manifestación del 9 de diciembre pasado en respuesta a las innobles presiones de la O. N. U.

En política exterior, España ya no es aquella que mendigaba en las Cancillerías extranjeras—¡y eso es lo que duele a las que nos combaten!—un poco de protección a cambio de enajenar nuestra soberanía y nuestro decoro. Hoy España, enhiesta y sin doblegarse, resiste impávida todas las presiones y todas las amenazas. Está donde debe estar.

Sin atemorizar a nadie, aunque otra cosa hayan dicho los que nos titularon peligro de la paz, mas sin temor también a nada ni a nadie.

En el orden económico—y he de abreviar, pues se prolonga en exceso esta lección—, a pesar de las enormes dificultades, el progreso industrial y el resurgimiento en la vida del trabajo es extraordinario. Desde la Liberación, en poco más de ocho años, a pesar de salir de una guerra e inmediatamente empezar la conflagración mundial, España ha podido y sabido hacer lo que no hizo en todo lo que va de siglo, especialmente en lo que se refiere a obras públicas. Nuestra legislación social, paso a paso y día a día, va conquistando nuevas avanzadas gracias a la labor incesante de ese Ministerio del Trabajo que secunda como ninguno los afanes y propósitos de

nuestro Caudillo. La serie, cada día mayor, de Subsidios y Seguros sociales, de garantías de trabajo y leyes realmente revolucionarias, como la dictada últimamente creando los Jurados de Empresa, son la firme seguridad de que se va llevando a cabo la obra de justicia social, base y fundamento de nuestro Movimiento. Y esto no sólo lo vemos nosotros, lo aseguran también políticos y sociólogos extranjeros que, a pesar de los perjuicios nacidos de la infame campaña que contra nuestra España se realiza, han tenido la curiosidad de venir a estudiarnos y nos han hecho la justicia de reconocer cómo es nuestra justicia.

Algo parecido podemos decir en el orden cultural, en el que, entre otras cosas, una obra monumental, verdadero orgullo de un régimen, el Consejo Superior de Investigaciones



Científicas, ha despertado curiosidad y admiración en los medios intelectuales del mundo entero, siendo ya una garantía de que llegará a cumplirse aquella ambición de José Antonio, que decía: “Queremos que España recobre resueltamente el sentido universal de su cultura y de su historia.”

La Revolución en Marcha

Mucho se ha hecho, camaradas; pero ¿por eso vamos a poder decir que ya no necesitamos ser falangistas? ¡No! Si mucho se ha hecho, mucho falta todavía por hacer. Todavía hay muchas conquistas que hacer en España. Nosotros no podemos pararnos en mitad del camino emprendido. Tenemos necesariamente que llegar a realizar por entero la Revolución Nacionalsindicalista. Aquel que no ha vislumbrado

otros horizontes, se contenta con los que tiene; pero aquel otro, hombre o pueblo, que ha visto horizontes más grandes, más anchos y generosos, ya los ambiciona, aunque sean lejanos. Nosotros hemos visto esos horizontes de mayor grandeza para España y no podemos parar hasta conquistarlos plenamente. Por eso seguimos y seguiremos siendo revolucionarios.

Esterilidad de los sistemas Defensivos.

No podemos contentarnos con defender lo que tenemos, porque eso sería perder lo que tenemos. La postura de defensa no es la mejor en la guerra ni en la política. La defensiva tiene que ser para poco tiempo. Las soluciones honrosas del asedio son la muerte heroica o la libera-

ción como inicio de nuevas conquistas.

En política, las posturas de defensa son, a la larga, estériles. Hay, sin embargo, gentes, podemos decir grupos, que de un Movimiento de doble fundamento como el nuestro sólo aceptan plenamente uno: el nacional, que preferentemente defiende unos valores espirituales y aun materiales; el otro, el de conquista social revolucionaria, no lo aceptan, o si lo aceptan es a remolque y con reservas. Hasta se llega a establecer un distingo: somos franquistas, pero no somos falangistas. Bien está que no quieran ser falangistas si siguen entendiendo que la Falange es un partido político que sirve a Perengano; pero la antítesis que se quiere establecer con esta frase es falsa e inadmisibile. Franco es, sí, el defensor de la Religión, el campeón de la

Fe, el salvador de la Patria, y aun de muchas haciendas y vidas; pero es también, en igual medida, el político de la Revolución, el Jefe que ha sabido ver claramente el imperativo social de estos tiempos y la razón de ser de los movimientos proletarios del mundo. A Franco hay que seguirle sin reservas y sin lastre en su vuelo ancho, generoso y revolucionario, porque su Victoria sí que es una Victoria con alas.

Deben meditar estas gentes en el fracaso de aquel generoso esfuerzo del general Primo de Rivera y en la infecundidad de los partidos contrarrevolucionarios de la República. No sirvieron ni para defender los principios de la fe y de la Patria. Y no es que emplee ese argumento, demasiado en uso, de que debemos hacer nuestra revolución, porque si no el enemigo la hará con signo contra-

rio. Este es un argumento negativo y, en cierto modo, una vuelta a aquello del “mal menor”. Nosotros tenemos que hacer nuestra revolución con sentido afirmativo, que es como hacen las cosas los hombres, porque nos mandan hacerla precisamente aquellos altos principios que queremos defender y proteger: la Patria, que hay que engrandecerla dotando al pueblo de mejores condiciones de vida y de trabajo, y la Religión, que nos obliga a una verdadera hermandad, en la que el hombre encuentre mejores condiciones para salvar su alma al quitarle motivos de desesperación y de odio.

La España del Mañana

Seguimos y seguiremos siendo falangistas, y, como os decía al principio, os inculcamos, os inculcaremos

nuestra fe falangista, nuestro falangismo de acción y de pensamiento, a vosotros, camaradas juveniles. Os la inculcamos, además, con el orgullo de la paternidad, porque nos consideramos padres vuestros que queremos dejaros mejor herencia que la que nosotros recibimos. Todo el esfuerzo heroico de la primera hora o de las trincheras, todo el luchar incesante de estos años, tiene sólo un fin: hacer una España mejor, una España que, a la postre, ya no va a ser la España nuestra, sino la España vuestra. Preparaos, camaradas, a recoger esa herencia y continuar sin desmayo por el camino de la revolución; que vuestros cuerpos y espíritus permanezcan firmes y tensos, para que ninguna llamada de la vida cómoda, del vicio tentador o moda extranjera os aparte del cumplimiento de vuestro deber y de ese des-

tino grande que no hay duda está escrito en las estrellas. Armaos, sobre todo, con las armas de una fe ardiente y de una voluntad resuelta, y que vuestra vida sea apasionada, todo lo noblemente apasionada que precisa el servicio de estos grandes ideales: Dios, Patria, Justicia.

Fe en los Valores Hispanos

Y tened fe también en vosotros mismos, en que lograréis las metas más lejanas y difíciles si no se doblega vuestro esfuerzo y vuestra constancia. Tened fe en los valores hispanos, en esta veta inagotable que es el espíritu y el genio de España. Si de la generación que os ha precedido salieron, pudiéramos decir por generación espontánea, dos hombres tan extraordinarios como José Antonio y nuestro Caudillo, y tantos

héroes y mártires, ¿por qué de la vuestra, preparada con esmero y educada con mejor ejemplo, no han de salir los hombres de ciencia, los poetas, los místicos, los capitanes, los políticos y los santos que devuelvan a España toda su grandeza perdida? Tened fe en los valores hispanos: en España y en esas otras Españas de América, tan Españas como la nuestra, a las que dimos nuestra Religión, nuestra cultura y nuestra sangre y espíritu.

En cambio, mucho cuidado en poner vuestra fe y vuestra esperanza en eso que ahora se repite con excesiva frecuencia: en eso de civilización cristiana y civilización occidental. Cuando la Cristiandad era un conjunto homogéneo bajo la égida de Roma, no sólo el occidente, sino el centro de Europa respondía a un solo impulso y a una misma fe. En-

tonces la civilización cristiana tenía una significación propia y hasta servía para reunir el esfuerzo de los pueblos al grito santo de Cruzada. Después de la Reforma, cuando todavía España era “brazo armado de la Cristiandad”, pudo, con Roma, oponerse a las ambiciones del Oriente—no faltaron ya los traidores que se aliaron con Solimán—, pero venció, al fin, el espíritu que representaban la Cristiandad y el Occidente, precisamente “en la ocasión más grande que vieron los siglos y esperan ver los venideros”, al decir de Cervantes. Mas después de Lepanto, cuando España fué dejando de ser brazo fuerte, y más concretamente, desde Richelieu, los conceptos de civilización cristiana y civilización occidental han perdido contenido y significado propio. Representan un grupo heterogéneo en el que hay de-

masiadas herejías, muchos conceptos de moral totalmente contrapuestos y muchos mandiles de diversos ritos. Pueden hacerse, sin duda, alianzas circunstanciales, sobre todo si arrecia el peligro de la barbarie moscovita; pero de eso a poner la esperanza de salvación, poner nuestra fe en ese conglomerado que se quiere sobreentender con los conceptos de civilización cristiana u occidental, va un gran trecho. Porque, a fin de cuentas, fe es creer lo que no vimos, y, desgraciadamente, ya hemos visto lo que da de sí ese conglomerado. Ya hemos visto demasiado. Ya hemos sufrido demasiado.

La Conquista Espiritual del Pueblo

Ni el sufrimiento os debe acongojar, cámaradas juveniles, ni los peligros ni amenazas surtir otro efecto

que el de avivar el espíritu de lucha y de sacrificio. Pueden venir, y seguramente vendrán todavía, días difíciles. Mejor; más gloriosa será así la empresa. Nosotros, nuestra generación, pide a Dios que los días más duros recaigan sobre nuestras espaldas, para dejar más abierto el camino y más limpios horizontes. Pero tampoco queremos días fáciles para vosotros. Que el cielo os libre del dolor y los horrores de una guerra sí lo deseamos, como padres que somos vuestros; pero, a cambio, pedimos a ese mismo cielo que vuestro destino sea de trabajo y esfuerzo incesantes; que el sudor bañe vuestros cuerpos y riegue los campos de España; que no malgastéis la herencia recibida, sino que ella se multiplique en vuestras manos y con vuestra inteligencia.

Algo debéis ir logrando ya para

hacer más fecunda vuestra tarea de mañana: la conquista espiritual del pueblo. Nosotros, porque tuvimos una España y una anti-España; nosotros, porque tuvimos que luchar contra nosotros, difícilmente podemos lograr esta conquista. Vosotros, sí. Poned en ella el espíritu de amor de aquel cadete iluminado que quería traer a su Centuria a los hijos de los que habían fusilado a su padre. Que sea éste el mejor ejemplo a seguir en vuestra tarea de hoy para que mañana, ese mañana cargado de amenazas, pero también de esperanzas, os reúna a todos en la misma fe, con un solo impulso y un único afán en la España entera y armoniosa que anunciara José Antonio, por la que cayeron nuestros camaradas y por la que se afana y lucha sin descanso noche y día nuestro Caudillo.

¡Viva Franco! ¡Arriba España!

EDICIONES MANDOS

10